



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantessvirtual.com

Mbol Nang
La huérfana
[fragmento]

Edición impresa

Mbol Nang, *La huérfana y otros cuentos* (2004)

En

Mbol Nang (2004), *La huérfana y otros cuentos*.
Madrid: Editorial Mundo Negro. (pp. 7-10)

Edición digital

Mbol Nang, *La huérfana* (2016)

Mar Garcia (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Abril de 2016



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R).



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



La huérfana y otros cuentos

Mbol Nang

La huérfana

Al morir sus padres, Aniso, que a la sazón tenía doce años, fue a vivir con su tía Abendem, quien no la trataba como a una sobrina, sino como a una esclava.

Un día, después de que Aniso fregó la vajilla, su tía encontró una cuchara sucia en la cocina. Enseguida le ordenó que fuese a lavarla al río, donde solía bañarse Ze, el rey de los animales. La pobre chica se puso a caminar, sin saber exactamente a dónde iba.

Después de muchas horas de camino, vio un árbol que se comía sus propios frutos. El árbol le entregó algunas frutas y le dijo:

– ¡Coge cuantas quieras y que Dios te bendiga!

Pocos kilómetros más adelante, vio una olla llena de arroz. La olla se abrió sola para que Aniso pudiera servirse. Después le dijo:

– ¡Vete en paz y que Dios te acompañe!

Más lejos encontró unos pasteles que se disputaban el camino. Cuando se acercó, cada uno se dividió en varias partes y le entregó una parte, bendiciéndole también el camino.

Por la tarde, se encontró con una anciana a la que preguntó por el camino que llevaba al río donde se baña el rey de los animales.

– Hija mía –le contestó la anciana–, tienes mucha suerte. Ya has llegado.

La anciana le mandó moler un grano de arroz en el mortero, cosa que hizo rápidamente la chica; el mortero luego se llenó de arroz. Después le dio un hueso muy sucio para que lo lavara. Obediente, Aniso lo hizo, y la olla se llenó de carne de ternera de primera clase. Aniso guisó la carne y el arroz, que ambas comieron antes de ir a la cama.

Llegó el momento en que los animales solían acostarse. La anciana le pidió a Aniso que se acostase debajo de la cama, y le entregó un alfiler con el que tenía que pinchar levemente a los animales. Cuando iba uno a acostarse, Aniso le pinchaba ligeramente y el animal se iba comentándole

a la anciana que había piojos en la cama. Todos los animales acabaron largándose apresuradamente. Aniso pudo quedarse con la cama para ella sola y dormir en paz.

Al día siguiente, la anciana enseñó el río a Aniso, donde lavó la cuchara. A la hora de despedirse, le entregó cinco huevos con instrucciones muy precisas:

– Romperás el primer huevo en la selva, el segundo al atravesar el río, el tercero a mitad del camino, el cuarto cerca de casa y el último en el mismo poblado.

Cuando Aniso rompió el primer huevo, apareció un guardaespaldas; el segundo hizo aparecer almacenes de ropa y calzado; el tercero todo un ejército de criados encargados de llevar el equipaje de Aniso; el cuarto trajo coches y toda clase de riquezas. Cuando la huérfana rompió el quinto huevo, brotó un hermoso palacio de las mismas entrañas de la tierra.

Aniso llegó al poblado y entregó la cuchara limpia a su tía. Al ver todas las riquezas que traía Aniso, su tía mandó a Abenam, su propia hija, a que fuese también a lavar la cuchara al río.

Abenam se puso en camino. Vio el árbol que se comía sus propios frutos y se puso a reír:

– ¡Vaya! ¡Tendré mucho que contar a mi vuelta!

Más adelante, vio una olla que guisaba sola su comida y se burló de ella. Cuando encontró a la anciana, le pidió que le indicara el camino del río. Ella le contestó que ya había llegado. Abenam se rió de la casa y de la indumentaria de la anciana. No quiso moler el grano de arroz, ni acostarse debajo de la cama. Prefirió dormir al aire libre.

Al día siguiente, la anciana le indicó el camino que conducía al río. Le regaló también los cinco huevos, a la hora de despedirse. Pero Abenam no hizo buen uso de los cinco huevos de la suerte: rompió los cuatro primeros a la vez y nada salió de ellos. Cuando rompió el último, salieron panteras, leones y otra clase de fieras por todas partes. La devoraron y tiraron su corazón, porque –dijeron– era amargo.

Onún, el ave, recogió el corazón y se lo entregó a su madre, que se murió de vergüenza y angustia.